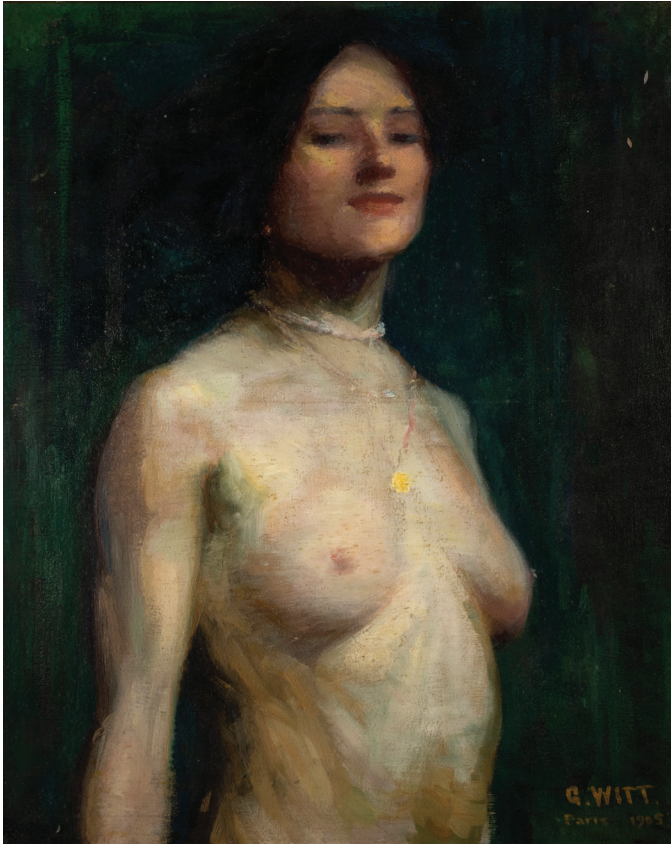


Sin título, 1905
Óleo sobre tela, 71 x 59 cm
Colección Julieta Kemble

GRAHAM ALLARDICE DE WITT
(1863-1947)



- A principios del siglo XX, la pintura del desnudo -y particularmente del cuerpo femenino- aún constituía una de las pruebas más contundentes de proeza artística. Por entonces, este tipo de pinturas resultaban uno de los géneros ideales para que quienes se consideraban a sí mismos artistas modernos, mostraran su adscripción a una u otra corriente pictórica.

Tanto en Buenos Aires como en las ciudades consideradas como centros artísticos, los desnudos poblaban los salones y recibían especial atención de la crítica, y eran aún la piedra angular de la formación académica para cualquier aspirante a artista. Sin embargo, las connotaciones asociadas a este tipo de representaciones se volvían por demás controversiales cuando las mujeres no solo eran las modelos, sino también las autoras.

En primera instancia, su acceso a su estudio era dificultoso. Hasta finales del siglo XIX, y principios del XX en nuestro país, las clases de modelo vivo les estaban vedadas a las mujeres. Incluso luego de permitirse, las reglas del “decoro” aconsejaban a las pintoras atenerse a géneros tradicionalmente asociados al mundo femenino, como frutas y flores, animales y retratos de mujeres y niños, preferentemente de su propia familia.

Es por ello que los discursos en torno a la producción de las artistas muchas veces se tiñeron de concepciones esencialistas respecto de la femineidad, que parecen proyectar sobre las obras aquellos parámetros de conducta que se buscaba imponer a las autoras, como la “fragilidad” o “delicadeza”. Estos han condicionado la manera en que nos acercamos a estas obras aún hoy. Por ese motivo resulta particularmente llamativo este desnudo pintado por Graham Allardice de Witt en 1905.

En él, la figura se ubica de pie en el centro, emergiendo de un fondo neutro compuesto de pinceladas de oscuras tonalidades de verde. El corte del plano a la altura del ombligo es inusual, y le brinda a la composición un fresco aire de espontaneidad. Probablemente pintado en París durante la formación de Graham como pintora, este cuadro se aleja de las más rígidas convenciones que se enseñaban en las academias oficiales. Tanto en su composición como en su factura, nos permiten imaginar que podría haber sido creado en el ámbito más libre de una academia privada, y al calor del contacto con tendencias en boga, como el simbolismo y el orientalismo, insinuado en los pocos adornos que la modelo lleva alrededor del cuello.

Sin embargo, lo que nos resulta singular es la forma en que la retratada mira al espectador con los ojos entrecerrados, levantando el mentón al mismo tiempo que lleva hacia atrás los hombros e infla el pecho compuesto por largas pinceladas, esbozando una sonrisa leve que le confiere al conjunto una actitud de plenitud, una autosuficiencia casi desafiante. Así, se distancia de la pasividad de los cuerpos concebidos como objeto de contemplación, para imponerse como uno portador de una subjetividad propia. Lejos de la imagen del deseable decoro, esta es más bien, la de un sujeto que desea.

GABRIELA NASO